

# Introducción

---

## En los umbrales del siglo xx

En junio de 1815 trescientos mil soldados se agrupaban al sur de Bruselas para la batalla que iba a poner fin a las guerras napoleónicas. Las fuerzas de Gran Bretaña, Prusia, Austria, Rusia y los Países Bajos se unieron contra las francesas para decidir cuál iba a ser la gran potencia que controlaría el mundo. A medianoche del 18 de junio la derrota francesa estaba clara. La noticia de la victoria de Wellington le llegó a la reunión del gobierno británico en Londres, a unos trescientos kilómetros del campo de batalla, dos días y medio después. Napoleón había sido derrotado y comenzaba la era de la supremacía británica.

La victoria de los británicos y sus aliados en las guerras napoleónicas inició el epílogo de trescientos años de monarquía absolutista y del orden económico en que se apoyaba. Las grandes potencias europeas combatían entre sí por el territorio y los súbditos, enviando sus ejércitos a una oleada tras otra de guerras dinásticas. Sus gobernantes mantenían en funcionamiento la maquinaria militar con un sistema económico llamado mercantilismo, que supeditaba la economía a la obtención de ventajas militares. Lo primordial eran las cuestiones políticas y diplomáticas; las relaciones económicas servían como instrumento para fortalecer el poder dinástico y las fortunas privadas dependían de los lazos privilegiados que sus poseedores mantenían con las familias reales. El desafío planteado por la Revolución Fran-

cesa a ese orden político-económico fue derrotado en 1815 en Waterloo.

A partir de 1815 la combinación de la supremacía británica, la derrota francesa y el equilibrio de poder en Europa puso fin por un tiempo a los incesantes conflictos en el continente. El período subsiguiente ha entrado en la historia como «la Paz de Cien Años», porque las guerras entre las grandes potencias cesaron prácticamente en el escenario europeo. Pero aunque el orden dinástico volvió a estabilizarse, su soporte económico se desmoronó. Durante el siglo transcurrido entre el final de las guerras napoleónicas y el comienzo de la Primera Guerra Mundial, la relación entre monarcas y mercados se invirtió.

#### DEL MERCANTILISMO AL LIBRECAMBISMO

Los monarcas absolutos que gobernaban Europa y el mundo antes de 1800 tenían como objeto de sus preocupaciones las alianzas geopolíticas, la explotación colonial y el tamaño y poder de sus estados nacionales, cuyas economías gestionaban como parte de las vicisitudes militares y diplomáticas de la política dinástica, manipulando su comercio con medios militares.

Los soberanos europeos utilizaban un sistema de control económico conocido como «mercantilismo» para explotar los mercados coloniales y reforzar el dominio real. A veces eran los propios ejércitos de la corona los que supervisaban la extracción de los recursos naturales, por ejemplo el oro y la plata de las minas de Sudamérica, pero casi siempre los príncipes de la sangre contaban con la colaboración de los príncipes del dinero —los dirigentes de los monopolios con un estatuto concedido por el rey o por los Estados Generales, como las Compañías británica y holandesa de las Indias Orientales— para exprimir los mercados coloniales cautivos. El mercantilismo enriquecía a la corona, que luego utilizaba esa riqueza para financiar su fuerza militar. «La riqueza es poder —escribió el filósofo inglés Thomas Hobbes— y el poder es riqueza.» Uno de sus colegas mercantilistas exponía así la cadena de relaciones: «El comercio exterior produce ri-

quezas, las riquezas poder, y el poder preserva nuestro comercio y nuestra religión.»<sup>1</sup>

Bajo el mercantilismo cada metrópoli obligaba a sus colonias a comerciar con la Madre Patria para enriquecer al Estado y a sus servidores. Los mercantilistas obligaban a sus súbditos a vender muchos bienes sólo a ellos, pagando a las colonias un precio inferior al del mercado mundial por los productos agrícolas y materias primas, ya fuera el tabaco de Virginia en Londres o el azúcar cubano en Madrid. La política mercantilista también exigía a las colonias la compra de muchos productos de la metrópoli, garantizando que ésta pudiera vender a sus súbditos por encima de los precios del mercado mundial.

El sistema mercantilista abrió gran parte del mundo al comercio, pero ese comercio estaba regulado por el poderío militar en beneficio de quienes lo ejercían. Los intelectuales partidarios del sistema podían justificar su economía explotadora arguyendo que los gobernantes utilizaban parte de las riquezas acumuladas para proteger a sus súbditos, y muchos súbditos coloniales apreciaban efectivamente esa protección: en Norteamérica, por ejemplo, las fuerzas militares británicas protegían a los colonos frente a los franceses, los españoles y sus aliados indígenas. Algunos colonos norteamericanos, especialmente los plantadores de Virginia y los comerciantes de Nueva Inglaterra cuyos negocios eran los más directamente afectados por los controles mercantilistas británicos, se quejaban periódicamente, pero a muchos les parecía un trato equitativo: el poder militar permitía el crecimiento económico, y el crecimiento económico bajo el control mercantilista financiaba el poder militar.

En la época de las guerras napoleónicas, el mercantilismo comenzaba ya a debilitarse. Desde mediados del siglo XVIII los industriales británicos incorporaron un torrente de innovaciones tecnológicas que revolucionaron la producción, reuniendo a docenas o a centenares de obreros en grandes fábricas para utilizar la nueva maquinaria y nuevas fuentes de energía con nuevas formas de organización. Las hiladoras y telares mecánicos transformaron la industria textil. Las mejoras en el uso de la energía hidráulica y más tarde el desarrollo de la máquina de vapor hicieron la maquinaria aún más potente. Hacia la década de 1820 las fábricas británicas podían de-

rrotar a sus competidores prácticamente en cualquier mercado. Los intereses económicos creados por la revolución industrial británica veían el mercantilismo como irrelevante o perjudicial.

Los fabricantes británicos deseaban eliminar las barreras comerciales del país, ya que la autorización de la venta de productos extranjeros en Gran Bretaña prometía varios efectos positivos: los fabricantes británicos podrían reducir sus costes, directamente importando materias primas más baratas, e indirectamente porque los alimentos importados más baratos les permitirían pagar salarios más bajos sin reducir el nivel de vida de los trabajadores. Al mismo tiempo, si los extranjeros ganaban más vendiendo en Gran Bretaña, podrían comprar más mercancías británicas. Los industriales británicos también pensaban que si los extranjeros podían comprar todos los productos industriales que necesitaban a fabricantes británicos de bajo coste, tendrían menos necesidad de desarrollar su propia industria. Por esas razones, en las clases y regiones fabriles británicas se generó una notable aversión al mercantilismo y un fuerte deseo de libertad comercial.

Cuando la City de Londres se convirtió en el centro financiero del mundo, añadió su influencia a la de otros intereses librecambistas. Los banqueros internacionales británicos tenían una poderosa razón para abrir el mercado británico a los extranjeros: éstos eran sus clientes. El acceso de los estadounidenses o argentinos al próspero mercado británico les facilitaría el pago de sus deudas a los financieros londinenses. Los industriales y financieros británicos organizaron un ataque concertado contra lo que el paladín antimercantilista Adam Smith llamaba «mezquinos y malignos recursos del sistema mercantilista».<sup>2</sup> En la década de 1820 esos recursos mercantilistas «maligmos» estaban sometidos a un desafío constante. Los adversarios del mercantilismo se concentraron en la derogación de las Leyes del Grano, y en particular de los impuestos establecidos durante las guerras napoleónicas a las importaciones de trigo, que incrementaban sustancialmente su precio en Gran Bretaña.

Los agricultores británicos, en cambio, preferían mantener las restricciones a las importaciones agrícolas. Sus ganancias dependían de los altos aranceles establecidos en las Leyes del Grano y argumentaban que la derogación de esas leyes condenaría a la desaparición a la

agricultura británica. Sus partidarios invocaban las ventajas de la autosuficiencia alimentaria, la importancia de la agricultura para el modo de vida británico y el doloroso ajuste que provocaría un diluvio de grano barato. Los partidarios del libre comercio se concentraban en los beneficios del acceso a productos baratos, especialmente los alimentos asequibles si se derogaban las Leyes del Grano. Los granjeros proteccionistas combatían a los fabricantes y banqueros librecambistas.

Los librecambistas vencieron, pero sólo después de una prolongada y amarga disputa. La derrota del mercantilismo exigió una importante reforma de las instituciones políticas británicas, dando lugar a un sistema electoral renovado que redujo el poder de los granjeros rurales e incrementó el de las ciudades y sus residentes de clase media. Pero incluso después de aprobada la reforma electoral, las elecciones de 1846 y 1847 fueron extremadamente ajustadas y partieron por la mitad al Partido Conservador. Pocos años después el Parlamento derogó los últimos vestigios de los controles mercantilistas británicos sobre el comercio exterior.

Una vez que el Reino Unido, con la economía más importante del mundo, renunció al mercantilismo, los demás países tuvieron que examinar el campo de posibles opciones. Los problemas de la era mercantilista —alianzas militares y monopolios— dieron paso a los grandes debates del siglo XIX sobre cuándo y cómo debían incorporarse los distintos países al mercado global. Cuando Gran Bretaña liberalizó su comercio muchos de sus clientes y proveedores siguieron su ejemplo.

En 1860 Francia se unió a Gran Bretaña en un tratado comercial general que liberalizó el comercio recíproco y arrastró a gran parte de Europa en la misma dirección. Cuando los estados de la Confederación Alemana se encaminaban a la unificación de 1871, primero crearon un área de libre comercio mutuo, y luego se abrieron al comercio con el resto del mundo. Muchos gobiernos del Nuevo Mundo también liberalizaron el comercio, como lo hicieron las posesiones coloniales de las potencias europeas librecambistas. El mercantilismo había muerto y la integración en el mercado mundial estaba a la orden del día. En el transcurso del siglo XIX el comercio de los países avanzados creció entre dos y tres veces más rápido que sus econo-

mías; al final del siglo el comercio era siete u ocho veces mayor en proporción a la economía mundial que a principios del siglo.<sup>3</sup>

El transporte y las comunicaciones también progresaron espectacularmente. En el momento de la batalla de Waterloo los viajes a larga distancia, los transportes y las comunicaciones eran extremadamente caros y asombrosamente lentos, fuera cual fuera el precio. A finales del siglo XIX el telégrafo, el teléfono, los buques de vapor y los ferrocarriles habían sustituido a los caballos, palomas mensajeras, mensajeros y veleros. El ferrocarril, el avance más significativo en el transporte terrestre desde tiempos de los griegos, alteró sustancialmente su velocidad y su coste. Los buques de vapor revolucionaron los viajes transoceánicos, reduciendo la travesía del Atlántico de más de un mes en 1816 a menos de una semana en 1896. Los buques de vapor podían viajar más rápidamente, llevar más carga y operar con menos costes que los veleros.

Las nuevas tecnologías ampliaron el radio del mercado real para la mayoría de los artículos de unos pocos días de caminata al mundo entero. En 1830 costaba más de treinta dólares transportar una tonelada de cargamento a quinientos kilómetros de distancia —desde el centro de Pensilvania hasta Nueva York, desde Berlín hasta Bonn o desde París hasta Lyon—, y otros diez dólares enviarla por barco al otro lado del Atlántico, lo que suponía un gasto prohibitivo para bienes tan pesados como el trigo o el hierro: costaba aproximadamente los mismos cuarenta dólares comprar una tonelada de uno u otro que su transporte por tierra y mar. Así, hasta mediados del siglo XIX, la mayoría de los bienes con los que se comerciaba internacionalmente eran valiosos, ligeros y no perecederos: especias, tejidos suntuarios, metales preciosos, productos agrícolas con una proporción muy alta coste/peso, como algodón y tabaco, etc. Hacia 1900 el ferrocarril había reducido el coste del transporte terrestre en más de cuatro quintas partes, y el marítimo en más de dos terceras partes. Transportar una tonelada de material por tierra los mismos quinientos kilómetros costaba ahora cinco dólares en lugar de treinta, y su transporte al otro lado de Atlántico tres dólares en lugar de diez. El precio total de enviar esa tonelada de mercancías desde el interior de Estados Unidos hasta Inglaterra había descendido de cuarenta a ocho dólares, esto es,

de aproximadamente el mismo precio de la tonelada de trigo o de hierro a una quinta parte.

La revolución en los transportes indujo una multiplicación por veinte en la capacidad de transporte mundial durante el siglo XIX.<sup>4</sup> Europa inundó el mundo con sus productos manufacturados y se vio a su vez inundada de productos agrícolas y materias primas de las praderas y la pampa, de la Amazonia y de Australia.

Con las nuevas tecnologías del transporte y el triunfo del libre-cambismo en Gran Bretaña, el mundo de los mercantilismos nacionales militarizados dio paso a un mercado auténticamente internacional. El viejo orden preservado por la fuerza de las armas en Waterloo había desaparecido para verse sustituido por un capitalismo global nuevo. La fuerza dominante eran ahora los mercados, no los monarcas. Las noticias atravesaban el mundo por telégrafo y teléfono en cuestión de minutos, no de semanas o meses. Los inversores de Londres y París en Nueva York, Buenos Aires y Tokio tejieron una red casi continua de capital global. Desde la época de Waterloo el mundo había cambiado en todos los aspectos: político, tecnológico, financiero y diplomático.

## DE LA PLATA AL ORO

El patrón oro se convirtió en el principio organizador más poderoso del capitalismo global durante el siglo XIX. Durante siglos, hasta 1800, en la mayoría de los países se utilizaba el oro y la plata indistintamente. Los comerciantes preferían emplear plata, cobre y otros metales más baratos para los intercambios locales y reservaban el oro, más valioso, para las transacciones internacionales. Pero en 1717 sir Isaac Newton, desde su puesto de director de la ceca [Master of the Royal Mint], estandarizó la moneda británica e implantó en la práctica en el país un patrón oro (aunque la plata seguía siendo de curso legal, ya no se utilizaba como referencia). El Reino Unido\* era prácti-

\* Este nombre no se adoptó constitucionalmente hasta la Ley de Unión de 1800; desde 1717 hasta entonces era simplemente *Kingdom of Great Britain*. (N. del t.)

camente el único país monometálico; sólo se desvió una vez del patrón oro, coyunturalmente, durante las guerras napoleónicas. Casi todos los demás países eran bimetálicos, utilizando como referente tanto el oro como la plata.

Los siglos de primacía monetaria compartida entre el oro y la plata llegaron a un brusco fin en la década de 1870, cuando los nuevos descubrimientos de plata redujeron su precio e hicieron inestable el tipo de cambio existente entre los dos metales, por lo que los gobiernos tuvieron que optar entre alterar continuamente el tipo de cambio o elegir como referente uno de los dos. Pero a medida que crecía el comercio y la inversión internacional, el oro, medio de cambio internacional tradicional, había ido ganando atractivo frente a la plata predominante en los intercambios nacionales. Finalmente, el estatus de Gran Bretaña como líder del mercado global indujo a otros países a utilizar el mismo sistema monetario.

Durante la década de 1870 la mayoría de los principales países industriales adoptaron el patrón oro. Cuando el gobierno de un país tomaba esa decisión, se comprometía a cambiar su moneda por oro a una tasa preestablecida. La moneda del país se hacía con ello equivalente al oro, intercambiable con un tipo fijo con el dinero de cualquier otro país del patrón oro. Alemania se incorporó a él en 1872, Escandinavia en 1873, los Países Bajos en 1875, Bélgica, Francia y Suiza en 1878, y Estados Unidos en 1879. Mientras que en 1871 sólo Gran Bretaña y algunas de sus colonias (y su aliado Portugal) mantenían el patrón oro, en 1879 la mayor parte del mundo industrializado lo había adoptado como norma monetaria.

Con las principales monedas directamente convertibles en oro con tipos de cambio fijos, el mundo industrial compartía esencialmente una sola moneda internacional. De hecho, el oro era una moneda global común para todos los países adheridos al patrón oro, pero bajo diferentes nombres —marcos, francos, libras, dólares— en distintos países. El dinero respaldado por el oro que invertían los alemanes en Japón, o los belgas en Canadá, sería devuelto en cantidades equivalentes de dinero respaldado por el oro. Los precios acordados no fluctuarían, ya que los tipos de cambio no se podían alterar. Los tipos de cambio entre la libra y el marco, el franco y el dólar u otras

monedas quedaban así fijados para tanto tiempo que, según se decía, los escolares las aprendían de memoria porque parecían tan estables y definitivos como la tabla de multiplicar. La estabilidad del patrón oro facilitaba el comercio, el crédito, las inversiones, las migraciones y los pagos en todo el mundo. Los banqueros e inversores podían sentirse seguros sobre el pago de las deudas o sobre los beneficios, que en su momento les llegarían en monedas respaldadas por el oro.

Había también otras fuerzas que facilitaban las finanzas internacionales. Con el desarrollo de la telegrafía a escala mundial, la información se podía transmitir inmediatamente desde cualquier región desarrollada a los inversores en Londres, París o Berlín. El periodismo financiero se internacionalizó y los artículos escritos en Nueva York o Buenos Aires podían aparecer en los periódicos del día siguiente de Londres o París.

Las inversiones internacionales crecieron meteóricamente. Ciudadanos de los países ricos invertían gran parte de sus ahorros en el extranjero. Las inversiones extranjeras en el exterior, en gran medida en bonos y acciones, suponían alrededor de una tercera parte de los ahorros del Reino Unido, la cuarta parte en Francia, la décima parte en Alemania.<sup>5</sup> Los mercados mundiales de bienes y capitales estaban vinculados más estrechamente que nunca por el libre comercio, el patrón oro y las nuevas tecnologías de transporte y comunicaciones.

## AMENAZAS AL ORDEN GLOBAL

No todos recibieron con alegría la integración económica. Con la apertura de la economía mundial y el uso de las nuevas tecnologías del transporte, el grano barato del Nuevo Mundo inundó el mercado mundial. La espectacular caída de los precios agrícolas devastó muchas áreas rurales del Viejo Mundo y provocó una situación casi de hambre desde Escandinavia hasta Sicilia.

El cambio tecnológico tampoco era un bien incuestionable. Las nuevas técnicas fabriles dejaron obsoleta la artesanía y los avances en la productividad agrícola hacían innecesaria buena parte de la mano de obra campesina. El avance tecnológico permitía notables aumen-

tos de productividad en casi todo, pero sus beneficios no estaban equitativamente distribuidos. Cuando una máquina y cinco hombres podían hacer el trabajo de un centenar, era evidente el beneficio social, pero incluso si se empleaba a parte de los otros noventa y cinco en fabricar la máquina, la mayoría tenían que abandonar su forma de vida acostumbrada y buscar otra forma de sustento. El comercio y las nuevas tecnologías, aunque aumentaban la renta nacional, podían también arruinar a millones de campesinos y obreros.

La economía del Nuevo Mundo también tuvo un efecto mixto sobre los países pobres. Algunas regiones subdesarrolladas crecieron rápidamente, pero otras zonas de África, Asia y América Latina —o en las fronteras de las «áreas de colonización reciente» como Norteamérica— habrían apreciado un mundo sin las ametralladoras Gatling, los buques de vapor y los ferrocarriles que daban a los europeos una ventaja tan patente para establecer su dominio. De hecho, algunos de los avances técnicos más sobresalientes fueron los realizados en armas de destrucción masiva, cuya potencia no quedaría del todo demostrada hasta 1914. La brecha tecnológica e industrial que se abría cada vez más entre los países ricos y los pobres condujo a una nueva ronda de conquista colonial.

Un fenómeno macroeconómico que ha desaparecido prácticamente de la Historia de la Economía como la Gran Depresión de 1873-1896 contribuyó a la insatisfacción con respecto al libre comercio y el patrón oro. El nombre puede parecer equívoco, porque aquella depresión no fue un colapso económico sino un declive continuo y gradual de los precios mundiales. Desde 1873 hasta 1896 los precios cayeron el 22 por 100 en el Reino Unido, el 32 por 100 en Estados Unidos, y más aún en otros lugares.<sup>6</sup> Esta deflación provocó graves problemas. Los precios y las ganancias disminuyeron, pero las deudas a pagar permanecían constantes. Las expectativas de nuevas bajadas de precios provocaban incertidumbre y pesimismo. Y lo que es más importante, las reducciones de precios no eran uniformes. El precio de las mercancías que entraban rápidamente al mercado mundial cayó de forma particularmente rápida y profunda; en el caso del trigo, el algodón y el carbón un 59, un 58 y un 57 por 100 respectivamente. Pero los precios de otros bienes y servicios cayeron más lentamente o se mantuvieron. Así,

mientras que los precios agrícolas en Estados Unidos disminuyeron en más de un tercio y los de la minería en casi la mitad, los de la construcción permanecían constantes.<sup>7</sup> Los cambios de precios suscitaron protestas sociales en las regiones agrícolas y mineras de todo el mundo.

Frente al descenso de los precios los productores buscaban alivio en la protección frente a las importaciones. Los granjeros y fabricantes pedían y a menudo obtenían aranceles protectores que invertían la tendencia anterior hacia el libre comercio. Francia e Italia se lanzaron a una enconada guerra comercial. La economía mayor del mundo, la de Estados Unidos, elevó barreras proteccionistas en torno a su mercado interno, y la segunda, la alemana, aumentó los aranceles sobre muchas mercancías. Gran Bretaña y los Países Bajos eran casi los únicos que seguían apostando por el libre comercio, y también allí los fabricantes estaban empezando a pedir al gobierno que los defendiera frente a las importaciones baratas de productores con bajos salarios del continente y Norteamérica.

Para los que pensaban que estaban en el lado perdedor de la economía mundial, el patrón oro se convirtió en un potente símbolo de la odiada *Pax Britannica*.<sup>8</sup> Los adversarios estadounidenses del oro insistían: «Se ha organizado una vasta conspiración contra la humanidad en dos continentes, y se está apoderando rápidamente del mundo».<sup>9</sup> Según la oradora estadounidense Mary Elizabeth Lease, los partidarios del oro eran títeres de esa conspiración: «Wall Street es la propietaria del país ... Gobierna el dinero y nuestro vicepresidente es un banquero de Londres».<sup>10</sup>

Cuando los precios cayeron de forma particularmente rápida a principios de la década de 1890, las quejas contra el patrón oro ganaron fuerza. Los propietarios de granjas y minas creían que la desvinculación del oro permitiría a sus gobiernos mantener los precios de sus productos. En Estados Unidos los activistas contra el oro ganaban una elección tras otra en las regiones agrícolas y mineras del país. En Latinoamérica y Asia el patrón oro era tan impopular que raro era el país que lo adoptaba o lo mantenía. Italia, España y Portugal se desvincularon del oro y los imperios ruso y austrohúngaro se resistían a incorporarse a él. El pegamento áureo que mantenía unido al capitalismo global parecía ir debilitándose.

Junto al debilitamiento del patrón oro, el sistema financiero internacional comenzó a dar muestras de fatiga. La Gran Depresión golpeó a los países deudores de forma particularmente dura, impidiéndoles pagar a sus acreedores. Las finanzas sudamericanas se debilitaron y en 1890 la amenaza de que Argentina pudiera suspender el pago de sus deudas provocó el colapso de una de las mayores casas de inversión del mundo, la Baring Brothers de Londres. Un pánico financiero recorrió Estados Unidos en 1893 y los inversores extranjeros le dieron la espalda al más importante prestatario del mundo. Después de casi treinta años de crecimiento ininterrumpido, los flujos financieros menguaron ostensiblemente.

La Gran Depresión provocó intensas fricciones entre las grandes potencias, después de décadas de apaciguamiento. Durante la mayor parte del siglo XIX la rivalidad por los mercados exteriores se había restringido en gran medida a la competencia comercial y los imperios coloniales europeos se habían contraído sustancialmente; pero durante las últimas décadas del siglo XIX se desató una nueva ronda de expansión colonial en África, Oriente Medio y Asia oriental, debida en parte a la búsqueda desesperada de mercados por los productores de los países ricos confrontados al desasosiego macroeconómico. Al final esas renacidas aspiraciones coloniales alimentaron otras tendencias geopolíticas y exacerbaron las fricciones durante mucho tiempo mitigadas entre las grandes potencias.<sup>11</sup>

Durante la década de 1890 aparecían por todas partes nubarrones de guerra. Las tropas francesas atravesaron el Sudán hasta Fashoda [la actual Kodok], reclamando para sí un territorio que los británicos consideraban suyo. El aventurero británico L. Starr Jameson dirigió una incursión en el Transvaal, prendiendo la chispa que conduciría a la guerra de los bóers. Tropas italianas y etíopes combatieron duramente en las tierras altas de Etiopía, como hicieron los británicos y los soldados ashanti en la actual Ghana. Japón, Rusia y las potencias europeas se lanzaron a una carrera en busca de posiciones ventajosas en el Lejano Oriente, mientras que los insurgentes en la colonia española de las Filipinas y en las Indias Orientales Holandesas (Indonesia) combatían por la independencia de sus islas. En América, las actividades de los combatientes independentistas cuba-

nos introdujeron el espectro de la agitación política en el Caribe y agravaron las ya tensas relaciones hispano-estadounidenses.

Cuando finalizaba el siglo XIX los acontecimientos en curso parecían amenazar la esencia del capitalismo global. El libre comercio, el patrón oro, las finanzas internacionales e incluso la paz entre las grandes potencias estaban en cuestión. En todas partes se alzaban voces en favor de la protección comercial, contra el oro y contra la integración económica global. Cada nueva crisis provocaba conflictos virulentos de intereses e ideas.